

¿Sosteni...qué?

Sostenibilidad, o el reto de transformar la mente humana

Miguel Ángel Ortega Guerrero

Índice

PRÓLOGO: TRES EN UNO, O ESTO VA DE OTRA COSA
INTRODUCCIÓN
PARTE I. ESTAMOS EN UN GRAN LÍO
Filosofando junto al Museo de la Tortura.....
¿Por qué llamarlo sostenibilidad cuando queremos decir supervivencia?.....
El contexto: La Tierra está exhausta
¿Intención de cambiar?
Previsiones de algunos sectores productivos
¿Qué hay de los líderes?
Nos comportamos como si no hubiera crisis ecológica
PARTE II. PARA CAMBIAR, PRIMERO HAY QUE ENTENDER QUÉ ESTÁ FALLANDO
El Pecado Original. ¿Qué hemos hecho para merecer esto?.....
La conflictiva naturaleza humana
Violentos, como nuestra Madre Naturaleza.....
Nos creímos libres. Genes, entorno e información.....
Psicópatas al poder
Lo que cuesta a veces aceptar la evidencia
Neoliberalismo: darwinismo fallido
La apuesta perdedora: cambiar lo mínimo y a ver qué pasa
PARTE III. NUESTRO POTENCIAL DE CAMBIO
La apuesta ganadora: cambiar nosotros para que todo cambie
La intangible evolución de la moral y los valores.....
Las vanguardias sociales, motores del cambio
La conciencia, esa extraña facultad.....
La gestión de las emociones es la antesala del desarrollo sostenible
Competir versus compartir y colaborar. Dañar versus cuidar.
Una segunda oportunidad para el mundo que no fue.....
La maravillosa libertad de vivir sin certezas ni apegos materiales
Aviso: actualización de Cosmovisión disponible
Replantear nuestro día a día. Principios de sostenibilidad personal para escépticos y desencantados
El potencial humano. Espiritualidad, ética y evolución de la conciencia.....
Buscábamos a Dios, pero terminamos en el centro comercial.....
Un programa mundial para aumentar el nivel medio de conciencia.....
Y la Palabra se hizo Carne.....

Las enseñanzas de Deep Mind
¿Transhumanismo? Todavía no toca
PARTE IV. LA TRANSICIÓN
Los grandes retos de la transición ecológica.....
Lidiar con el efecto rebote y el crecimiento de la población
Financiar la transición ecológica con elevada deuda pública y creciente desigualdad
Jubilar el PIB
Acabar con la desgobernanza global.....
Superar la disyuntiva crecimiento vs. colapso
Conseguir normativas iguales en una economía global.....
Entender que la crispación, el malestar y la pobreza frenan la transición ecológica
Al capitalismo salvaje no hay que matarle, hay que dejarle morir
Consejos para llevar una vida más sostenible.....
CONCLUSION
APÉNDICE. ACCIONES POLÍTICAS HACIA LA SOSTENIBILIDAD.....
Recortar el gasto militar.....
El frente tecnológico
El frente productivo
El frente fiscal.....
El frente comercial
Aprovechar bien la robotización
El frente demográfico.....
Dieta y desperdicio de alimentos.....
Facilitar la desconexión
El frente educativo
Reforestar y restaurar tierras.....

PRÓLOGO: TRES EN UNO, O ESTO VA DE OTRA COSA

En junio de 1983 se nos secó el pozo. No había pasado nunca. Así nos lo aseguró Venancio, un curtido campesino castellano de 79 años, de los de una sola palabra, enorme sentido común y enamorado de su docena de olivos y veintena de cepas, que visitaba cada día. Nos había alquilado a una quincena de jóvenes, que abandonábamos “corte por aldea”, una finca abandonada a cuatro kilómetros monte arriba de Mombeltrán, pueblo abulense en plena Sierra de Gredos. Su índice de pluviosidad había sido hasta entonces excepcional para un clima mediterráneo, con frentes húmedos procedentes del suroeste. Ni su abuelo, ni su padre, ni él mismo lo habían visto nunca seco. Y mucho menos a principios de verano. Tuvimos que abastecernos de un pequeño manantial que manaba a un kilómetro de su finca.

Todo esto ya es historia, pero viene al caso, para señalar que el cambio climático viene de lejos, aunque haya empezado a calar en los medios y en la opinión pública recientemente. Aunque ya todo el mundo haya oído hablar del deshielo del Ártico, o haya sufrido en propias carnes prolongadas sequías, inundaciones torrenciales, incendios cada vez más virulentos o calores sofocantes sin tregua nocturna, muchos niegan lo que ya se nos viene encima. No creen que sea consecuencia de la acción humana. Lo más grave de esta persistente actitud no es que lo nieguen quienes tienen intereses económicos en la industria petroquímica, agroalimentaria, de la automoción o del carbón, sino gente común y corriente. Y esto, principalmente por dos razones. Porque admitir este hecho ya incontrovertible les supondría cambiar algunos planteamientos en su forma de vivir. Y peor aún, porque todavía están influidos por las campañas negacionistas pagadas precisamente por quienes defienden sus beneficios inmediatos, a costa del deterioro irreversible de un patrimonio común que han de heredar nuestros hijos y nietos.

En 1992 me tocó coordinar *Conciencia Planetaria*, una novedosa revista de reciente creación. Entre otras tareas, redactaba la sección de Medio ambiente. Recuerdo como si fuese ayer mismo una noticia que me impactó especialmente por su contenido manipulador. Algunos periódicos se hacían eco, como caja de resonancia, de una nota oficial que difundía por entonces la NASA (Agencia estadounidense responsable del programa espacial y de la investigación aeronáutica y aeroespacial). Más o menos decía: “La NASA arroja dudas razonables de que el cambio climático se deba a la acción humana” y continuaba explicando que no había registros con suficiente antigüedad para sacar conclusiones. Para rematar la noticia, aludía a las grandes catástrofes prehistóricas de deshielo y a la desaparición de los dinosaurios.

Este tipo de notas, extraídas de artículos y supuestas investigaciones pagadas por grandes multinacionales, repetidas una y otra vez, acaba por incrustarse en el inconsciente colectivo de muchos negacionistas; algunos tan inocentes como uno de los jardineros municipales de mi Ayuntamiento, que me comenta de vez en cuando que la gota fría es un fenómeno normal del estío. Para

mayor inri, la última vez insistía días después de las inundaciones y torrenteras que habían arrasado parte de las calles y cultivos de su propio pueblo, Los Alcáceres en la provincia de Murcia. Y tranquilamente añadía que su calle no se había visto afectada. Ignoraba simplemente la diferencia que existe entre “lo habitual” de periodos anteriores y “lo actual”, lo que realmente está sucediendo recientemente: su frecuencia y virulencia, el cambio, a veces, de la estación del año en que se producen y, sobre todo, el que los fenómenos atmosféricos de los últimos veinte años se ocasionan, en algunos casos, en zonas geográficas en las que nunca habían ocurrido antes.

Sin embargo, lo expuesto parece un conjunto de simples anécdotas, aunque reales, en comparación con la enorme cantidad de datos e información que contiene esta obra. ¿Y qué aporta cuando en otros libros y en centenares de informes puede también leerse? En primer lugar, el autor ha realizado ya una exhaustiva recopilación, ahorrando al lector la búsqueda y selección de lo más relevante y fiable. Pero esto por sí mismo no sería original. Miguel Ángel Ortega es además economista. Por ello, ha podido investigar, analizar y ofrecer un contexto al significado económico de las ingentes pérdidas de dinero que suponen la irracionalidad del modelo productivo y de consumo, así como de las políticas interesadas y miopes de los Gobiernos.

Y no se limita a hilar datos, criticar y quejarse, sino que ofrece alternativas viables para que la TRANSICIÓN ECOLÓGICA no sea una simple fórmula propagandística para blanquear la acción de las empresas y disfrazar la inoperancia de las políticas nacionales e internacionales en este campo. La cuarta parte de este libro aborda de manera rigurosa el crecimiento de la población, la deuda pública y la desigualdad, el desfase del PIB (que hay que “jubilar”), la fiscalidad, los gastos militares, la educación y la creciente robotización, entre otras cuestiones claves que requieren indiscutiblemente ser revisadas. Centrarse únicamente en algunas de ellas supondría intentar obturar las vías de agua de un enorme Titanic que hace aguas, tocado en su línea de flotación.

Esta introducción se titula “Tres en uno”, porque todo lo anterior está sustentado por un amplio análisis multidisciplinar en el que filosofía, historia, ética, biología, psicología, evolución de la conciencia y espiritualidad se interrelacionan para tejer una trama completa. Lo que hoy día podemos llamar una cosmovisión basada en un cambio de paradigma. Una auténtica revolución de la mente para cambiar radicalmente nuestra concepción de la vida: nuestra forma de producir, consumir y relacionarnos, en base a otro concepto del sentido de la vida y de la felicidad. Por eso, todo esto “va de otra cosa” que una simple defensa del medio ambiente.

En la “tercera pata” de este banquillo, que sirve para sentarse y reflexionar profundamente, se encuentra la piedra angular de lo que indudablemente es la primera obra en castellano de esta naturaleza. Desde esta perspectiva, Miguel Ángel Ortega Guerrero es un autor coherente, porque ha persistido durante casi cuatro décadas en algo que inició a los 13 años. A pesar de los vaivenes de su vida,

ha mantenido constantemente un hilo conductor: la ecología profunda, algo bien distinto del mero conservacionismo de ciertas especies. El núcleo de esta profundidad es vivenciar en la práctica cotidiana que no se trata de defender la Naturaleza como algo externo a nosotros. Somos Naturaleza y, desde esta toma de conciencia de la unidad indivisible que somos, ya no se puede explotar, contaminar, arruinar y matar, sin explotarnos, contaminarnos, arruinarnos y morir.

El autor no es un teórico de despachos, un analista de laboratorio, un ecologista utópico de lecturas y buenas intenciones. Desde su sólida formación, se dedica hace años a reforestar, principalmente en la Comunidad de Madrid, y a organizar talleres de voluntariado en todos los ámbitos, incluido el educativo y el empresarial, desde REFORESTA, una de las principales asociaciones ibéricas medioambientales de su especialidad. En este sentido, puede decirse que es un profesional “de campo”, lo mismo que el naturalista o el antropólogo que se patea los rincones que ama.

Y lo hace con una actitud realista pesimista, sazonada con un luminoso atisbo de que algo se puede hacer. Escribir lo que aquí se ofrece ha sido una especie de obligación moral autoimpuesta. Una especie de exorcismo para ahuyentar sus propios miedos, reflejo y espejo de los miedos colectivos que nos perturban. Es un fruto maduro que no ha arrancado un temporal, sino que ha caído del árbol porque estaba en sazón. Y, como afirmó Víctor Hugo, “no hay nada tan poderoso que una idea a la que ha llegado su tiempo”. Y el tiempo externo es ahora. Más importante aún: también había llegado el tiempo interno del autor, pues todas estas reflexiones, datos, experiencias y propuestas le roían las entrañas hacia tiempo. El parto ha sido exitoso y sin cesárea.

Miguel Ángel, cuya trayectoria sigo desde hace veinte años, ha convertido su hilo conductor de vida, el hilo de Ariadna que le ha ayudado a salir de sus sucesivos laberintos, en un sólido alambre sobre el que sigue caminando con cautos pasos de paloma, cual equilibrista sobre las cataratas del Niágara. Abajo las tumultuosas aguas que le arrastrarían corriente abajo. Al otro lado, la otra orilla, aun conociendo ya, a su edad y por propia experiencia, que la otra orilla es similar a aquella de la que partió. Sabe que cuando llegue no descubrirá nada nuevo. Pero habrá recorrido todo el camino con la satisfacción de haber realizado una gran hazaña: convencer al mundo, al privilegiado mundo que le lea, que casi todo está perdido, pero que casi todo está por ganar: enraizar hasta el fondo de las entrañas en unos cuantos, y en sí mismo, la convicción de que la transformación de la conciencia es el inicio imprescindible de cualquier auténtico cambio que se quiera producir en el mundo. Esta es “la cosa” de la que va este aldabonazo para despertar y salir definitivamente del sueño colectivo del progreso ilimitado y la “felicidad” consumista.

Alfonso Colodrón (Al Tao)

INTRODUCCIÓN

La sostenibilidad consiste en satisfacer las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades. Hoy día coexisten el exceso de consumo de una parte de la población y el hambre de otra; por tanto, no se satisfacen las necesidades del presente. Además, la forma de producir amenaza la disponibilidad de recursos y la habitabilidad de la Tierra, por lo que tampoco se garantiza que las generaciones futuras puedan satisfacer sus necesidades. En conclusión, la sociedad actual no es sostenible. Estamos fracasando en asumir que hay límites y que garantizar una vida digna a todos los seres humanos sin poner en peligro la salud del planeta y el bienestar de las generaciones futuras exige vivir de otra manera.

Revertir esta situación requiere realizar un diagnóstico adecuado de las fuerzas que nos han traído hasta aquí. Éstas son las que considero responsables:

- La excesiva **presión sobre los recursos naturales** y la consiguiente contaminación del medio (suelo, subsuelo, agua y atmósfera). Esta contaminación incluye los gases de efecto invernadero que provocan el cambio climático.
- La **conflictividad internacional**, en nombre de la cual se mantiene la carrera de armamentos. La preparación para la guerra no solo hace pender sobre nosotros la amenaza de la destrucción directa, sino que detrae recursos necesarios para atender nuestras auténticas prioridades y resta capacidad de cooperación para resolver los problemas globales.
- La **desigualdad, la pobreza y el deterioro del estado del bienestar**. La crisis económica y las brutales y crecientes diferencias en el nivel de ingresos crean resentimiento y tensiones sociales que se manifiestan de diversas maneras: huelgas, expansión de los partidos políticos xenófobos, pérdida de cohesión entre los territorios de un mismo Estado, debilitamiento de las instituciones supranacionales como la UE y la ONU, fundamentalismo religioso, terrorismo... Todo ello aparta la sostenibilidad de la lista de prioridades.
- La **falta de memoria histórica**. Cuando se camina distraído sin prestar atención a los hitos del recorrido, uno puede desandar el camino sin ser consciente de ello. En estos últimos años son muchas las voces que advierten de la creciente similitud entre nuestro tiempo y el periodo de entreguerras. La ignorancia sobre nuestra propia historia y la falta de perspectiva global nos expone a vivir el incesante ciclo histórico de guerra y paz, de destrucción y creación.
- La **mentalidad disfuncional**. Es la causa y consecuencia última del resto de factores. Vivimos como pensamos. Por tanto, si nuestro modo de vida puede llevarnos a la autodestrucción, debemos cambiar nuestro modo de pensar para ser capaces de cambiar también nuestra manera de vivir. Tenemos que superar la ignorancia generalizada sobre los procesos ecológicos que gobiernan la vida en la Tierra, la alienación respecto a la naturaleza y la tendencia de la mayoría a valorar el éxito personal en función de la posición social y del poder adquisitivo conseguidos. Igualmente, debemos cultivar el equilibrio psíquico para minimizar los conflictos o gestionarlos adecuadamente si finalmente surgen.

Le propongo que pase un día prestando atención a nuestro modo de vida: el uso del coche, el mantenimiento de calles y jardines, el tráfico de aviones, la omnipresencia de los plásticos, el gasto de agua y energía, la infinita variedad de artículos de consumo... Piense en la avalancha de consumidores sobre los grandes centros comerciales en Navidad o

cuando se inician las rebajas; si trabaja en la empresa privada recuerde sus propias conversaciones y las de sus colegas en el trabajo: ¿cuánto tiempo dedican a mejorar la gestión ambiental o a la responsabilidad social corporativa? ¿Más o menos que a las estrategias para maximizar el beneficio económico y superar a la competencia? Preste atención a un informativo: ¿hay más noticias sobre iniciativas para mejorar nuestro mundo o sobre conflictos de todo tipo? Y, al finalizar su agotadora jornada, siéntese, relájese y pregúntese “¿nos tomamos en serio el reto de la sostenibilidad? ¿Estamos asegurando el futuro del planeta y de nuestros descendientes?”

Nuestra comprensible aspiración a llevar una existencia cómoda y fácil descansa en un enorme consumo que no es factible mantener indefinidamente. La finitud de los recursos nos plantea dos soluciones complementarias:

- Políticas demográficas para primero contener el crecimiento de la población y posteriormente reducirla.
- Desplazar el foco desde la *vida fácil* hacia la *vida plena*.

Esto último significa acentuar el *ser* en detrimento del simple *estar*. Conlleva comprender nuestra esencia para desarrollar nuestro potencial óntico en lugar de ser manejados por nuestro subconsciente y por nuestras pulsiones consumistas y de otros tipos. El simple *estar* conduce a imitar por inercia y, por tanto, a priorizar el *tener* cosas, una buena posición social y, a veces, a dejarse manipular por líderes creadores de conflictos.

Homo sapiens es la única especie que sigue dos planos de evolución. Uno de ellos, el biológico, lo comparte con las demás. El otro, el de la conciencia, es exclusivamente humano. Determina cómo nos relacionamos con la realidad y se ha concretado en los diferentes sistemas de creencias y valores creados por nuestra mente a lo largo de la Historia. La conciencia evoluciona como respuesta a los cambios en los diferentes ámbitos de la vida, adaptando las creencias y valores a las nuevas circunstancias y haciendo así posible el progreso de nuestra especie.

Lo que la actual crisis manifiesta es que nuestra conciencia no está respondiendo adecuadamente ante los riesgos que nosotros mismos hemos creado. Ello puede detener nuestro progreso e incluso causar una involución. Hemos de entender que se está terminando un ciclo de trescientos mil años en nuestra evolución y que ha llegado el momento de comenzar otro. Hasta ahora hemos improvisado. Nuestro subconsciente sigue protagonizando la Historia y expresándose con fuerza a través de impulsos atávicos revestidos de una aparente racionalidad. Ahora debemos trabajar para que la conciencia gane terreno al subconsciente y dé un salto no solo en lo relativo a la conciencia ecológica, sino en lo relacionado con el despliegue del potencial humano.

La crisis ecológica es el resumen de todas las demás. A lo largo de la historia ha habido episodios de alcance local o regional en los que el maltrato al que los humanos hemos sometido a la naturaleza se ha vuelto contra nosotros y se ha cobrado la vida de muchas personas. Pero el siglo XXI es el primero en el que ese efecto boomerang tiene un alcance mundial. Al coincidir con una explosión demográfica y con una extendida disponibilidad de armas, mayor aún que el daño directo que puede causar la degradación del medio ambiente planetario puede ser el provocado por la violencia que dicha degradación podría disparar. Si en 2002 España y Marruecos estuvieron a punto de entrar en guerra por un peñasco llamado Perejil, si el Gobierno de Estados Unidos guerrea sistemáticamente para controlar las zonas petroleras y si los gobiernos y empresas transnacionales juegan un papel muy

oscuro en las guerras por los diamantes o por el coltán en África, ¿qué no seríamos los humanos capaces de hacer ante una escasez global de agua y alimentos?

Que toda la humanidad tenga sus necesidades satisfechas es una aspiración ética y una condición necesaria para conseguir que la Tierra siga siendo un planeta habitable. Sin embargo, hay muchas personas que creen que es posible proteger el medio ambiente aunque el planeta esté salpicado de guerras, miseria y desigualdad. Desligan ambas cuestiones y no se plantean que las causas que originan todos estos problemas puedan ser las mismas e incluso puede tentarles la idea de tratar de resolver la crisis ecológica olvidando las crisis humanitarias.

Debemos entender que la conflictividad y las situaciones de carencia dificultan conseguir la sostenibilidad. ¿Es razonable pensar en reducirlos a cero? No, nuestra propia naturaleza lo impide. Llevamos miles de años de relaciones conflictivas, pero la nuestra es una especie aún muy joven y en la juventud se cometan más errores. Esta conflictividad subyace a todas las crisis humanas, incluyendo la ecológica. Reducirla requiere conocer bien el funcionamiento de nuestro cerebro y entrenarlo para adoptar actitudes individuales y políticas públicas que contribuyan a romper o al menos debilitar la cadena de sufrimiento que atenaza a nuestra especie y amenaza su supervivencia. Todavía podemos cambiar, aunque necesitaremos varias generaciones para conseguir reducir la conflictividad y la desigualdad a niveles manejables y compatibles con la sostenibilidad. Cuanto antes empecemos, mejor.

En las películas de ciencia ficción y, ya también en la realidad, se especula con la posibilidad de que el desarrollo de la inteligencia artificial produzca androides que lleguen a adquirir autoconciencia, tomar el control de sí mismos y ser capaces de rediseñarse, reproducirse y garantizar su continuidad. La realidad es tramposa. Démonos cuenta de que especulamos en tercera persona cuando deberíamos hacerlo en primera, ya que proyectamos sobre los posibles androides nuestra propia experiencia: nosotros somos el invento, la máquina psíquica y biológica que debe ampliar su nivel de conciencia para ser capaz de rediseñarse y asegurar su propia supervivencia.

Possiblemente, a todas las generaciones anteriores les ha parecido que el suyo no era un tiempo cualquiera, sino el tiempo en el que los humanos se lo jugaban todo. Aun así, me atrevo a reivindicar que es nuestro tiempo el que marca una trascendente frontera. Ahora que estamos en una situación inédita debemos entender que tenemos que ensayar soluciones inéditas. Ha llegado el momento de reinventarnos, pero ¿conocemos bien el invento previo? ¿Nos conocemos bien a nosotros mismos?

La sostenibilidad lleva implícitas las preguntas de porqué y cómo hemos llegado hasta aquí y, por supuesto, de cómo hacer para salir de ésta. Este libro no busca las respuestas sólo en las soluciones técnicas, económicas, organizativas y educativas, porque la sostenibilidad obliga a volver a la filosofía, obliga a preguntarnos por el invento que debe reinventarse a sí mismo, es decir, a inquirir por la naturaleza humana. Y también por la naturaleza de la realidad, por cómo la percibimos y nos relacionamos con ella.

La realidad es un incesante juego de causas y efectos en el que los humanos somos tanto sujeto de la causalidad como objeto del efecto. Nosotros somos los jugadores, pero el juego nos modela. La ciencia lleva tiempo demostrando que el subconsciente es el principal artífice de las reglas del juego y, por eso, ni entendemos ni deseamos el resultado. Somos el objeto que algo o alguien puso a caminar y que continúa caminando por inercia, sin

rumbo ni dirección. Si elevamos nuestro conocimiento y nuestro nivel de conciencia elevaremos nuestra sabiduría y seremos también capaces de escoger el mejor camino. De ese modo, tomaremos las riendas de nuestro destino.